

HÁBITO NÚMERO ONCE

ENTENDIENDO LA CUESTIÓN DE LAS FINANZAS

“No podéis servir a Dios y a las riquezas.” Mateo 6:24

“El que recoge con mano laboriosa aumenta las riquezas.” Proverbios 13:11

La manera en que administremos nuestras finanzas indicará, más que ninguna otra cosa, a qué concedemos más valor. El dinero es el medio de intercambio en esta vida; pero el uso y la importancia que le concedamos pondrán de manifiesto hasta qué punto estimamos y pensamos en las cosas de arriba, y si estamos verdaderamente comprometidos en la aplicación de las enseñanzas bíblicas a nuestros planes terrenales. El uso que hagamos de nuestro dinero pondrá, pues, en evidencia si nos regimos por los valores del Reino o por los de este mundo. De hecho, si tenemos las ideas claras, apreciaremos mucho más la inversión en lo espiritual que en lo material. Y, si esto es así, estaremos en la debida disposición para poder esquivar los escollos que suponen los bienes terrenales, y disfrutar más, y mejor (aunque suene paradójico), de unas ganancias provistas por Dios mismo para nuestro deleite aquí en la tierra.

Este capítulo te ayudará a emplear tu dinero de forma eficaz en términos de un sistema de valores eternos, con un origen en la visión del mundo que ofrece la Biblia. Esa visión nos pone en antecedentes de las inmensas riquezas que nos aguarda en el cielo. Enfocado desde esa respectiva, el dinero no es sino algo transitorio y, en consecuencia, nada realmente digno de acaparar toda nuestra atención. Sin embargo, y aun a pesar de ello, sí que es, en cambio, necesario aprender a servirse del dinero para no acabar convertidos en siervos suyos. Lo primero de todo será comprender debidamente en qué formas y con qué fines hemos de emplear nuestro dinero aquí y ahora. Una vida regida por principios bíblicos deberá tener en cuenta si el uso al que se destina el dinero es realmente constructivo y digno de aprobación. Los resultados visibles de una buena gestión han de traducirse en una vida en plena conformidad con los valores del reino.

Los hábitos de las personas ponen de relieve su sistema de valores. Hay personas tan absortas en las esferas celestiales que apenas si están cualificadas para la vida aquí en la tierra; otras, en cambio, tienen los pies tan en la tierra que pierden de vista los bienes espirituales. Los Estados Unidos a los que yo regresé de China en 1996 era un país muy distinto al que yo había dejado en mi marcha a Canadá en 1969. Esa diferencia afecta a mi enfoque de la cultura estadounidense en la actualidad. En mi niñez, había personas convencidas de que tener poco dinero suponía un cierto grado de santidad. Ahora que vivo de nuevo aquí, me encuentro con que la prosperidad económica se asocia con la bendición espiritual. Ambos extremismos son igualmente erróneos, y presentan una imagen muy distorsionada de Dios.

CON LOS OJOS PUESTOS EN EL CIELO

En la iglesia de mi juventud, las promesas de la vida futura significaban muchísimo. En aquellos días, teníamos una visión del mundo menos materialista y mucho más centrada en la Palabra de Dios, y la inversión en las cuestiones espirituales era algo primordial. Entonces creíamos en la recompensa futura y la satisfacción a largo plazo, y buscábamos en primer lugar las cosas de arriba, valorando muy particularmente las enseñanzas de Mateo 6:19-21: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde los ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde los ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.” En la actualidad, la inmensa mayoría piensa que el acumular bienes, y volcar toda la atención en ello, no tiene por qué estar reñido con servir a Dios. Pero lo cierto es que, “Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.” (Mateo 6:24). Y, aun siendo posible plantearse lo material sin perder de vista lo espiritual, la práctica viene a mostrarnos que no es posible medrar en ambas parcelas a un tiempo. Se quiera o no, llegará un momento en que habrá que decidirse por una o por otra –Jesús vino al mundo para rendir inoperante un punto intermedio de compromiso. Personalmente, en más de una ocasión me he sorprendido a mí mismo poseído de un feroz materialismo. Mi vida de oración se ve entonces alterada hasta un punto tal que el reino de Dios y su justicia ya no son mi principal objetivo. Al tratar entonces de retomar el buen camino, me encuentro con que he de replantearme de nuevo mis auténticas prioridades. En definitiva, la cuestión es que toda decisión que tomemos aquí en la tierra, tendrá una honda repercusión espiritual. Y en lo que respecta a la correcta administración de los bienes terrenales, la visión siempre se vuelve más clara cuando aplicamos los valores del Reino.

Según un sistema de valores bíblico, lo eterno es de mucho más valor que lo pasajero. Este principio se hace evidente cuando se medita en profundidad en los siguientes versículos: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:2-1). Nuestro deber es utilizar el dinero y servir a Dios; no usar a Dios y servir al dinero. Somos muchos, en cambio, los que nos permitimos, con mayor o menor frecuencia, invertir ese orden. El apóstol Pablo ya advertía al respecto: “...hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia. Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento...porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (1 Timoteo 6:5, 6, 10). Esa es una enseñanza absolutamente diáfana respecto al sistema de valores bíblico. Y aquellos que sean lo suficientemente sabios como para reconocerlo, se beneficiarán grandemente por ello.

Por otra parte, deberíamos ser conscientes del error en que incurrimos cuando juzgamos a los demás en base a los bienes materiales que posean. Basta con reflexionar acerca del modo en que reaccionamos cuando tenemos a nuestro lado a alguien de mejor posición económica. La epístola de Santiago deja esto muy claro: “...que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con

vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos míos amados oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?” (Santiago 2:1, 3-5)

En la actualidad, ya no se predica tanto acerca de la pobreza de Jesús y la simplicidad de su forma de vivir tal como solía hacerse antes. En su lugar, se tiende a subrayar las riquezas materiales que disfrutaron Abrahán, Job, y el rey David, citando versículos alusivos: “...serán completamente saciados de la grosura de tu casa” (Salmo 36:8). “Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma” (3 Juan 2). Pero, aun siendo innegable que encontramos versículos como éstos en la Biblia, es necesario contrastarlos con el total del mensaje bíblico. El equilibrio lo encontraremos en algún punto intermedio entre esa teología a ultranza de la pobreza que formó parte indivisible de mi formación, y el evangelio de la prosperidad que me he encontrado a la vuelta del campo misionero. Para perjuicio nuestro, el énfasis ha oscilado de forma alarmante en estos últimos 40 años, pasando de una recompensa a largo plazo en el cielo, al disfrute inmediato, y casi obligado, aquí en la tierra. La difusión de una postura débil respecto a la doctrina de las cosas futuras no ha hecho sino fomentar un amor desmedido a los bienes presentes. ¿Dónde está, pues, el punto intermedio de equilibrio entre ambos extremos? Y ¿qué ha de significar realmente la comprensión y aceptación de los auténticos valores del Reino?

EL VALOR DE LO QUE PERMANECE PARA SIEMPRE

Nací en la década de los 40, y mi niñez transcurrió paralela al curso de los 50. Por entonces, solía decirse de los cristianos que no resignábamos muy fácilmente ante cualquier cosa porque esperábamos “mayor gloria en el Cielo.” Pero lo cierto es que no hacíamos sino tener en consideración las palabras del apóstol Pablo: “Si solamente en esta vida esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19). La cuestión era más bien que los cristianos de entonces no pensábamos tan sólo en el aquí y ahora. Nuestro futuro ampliaba sus horizontes con la mira puesta en el cielo, y por ello cantábamos himnos llenos de gozo. La liberación de las cosas materiales empieza por desear y amar otras cosas con mucho mayor celo. Y cuando mostramos mayor apego a las cosas materiales, puede que sea por no amar al Señor lo suficiente. La verdadera riqueza está en invertir en bienes eternos que son los únicos que, verdaderamente, ¡duran una eternidad!

Por otra parte, pudiera ser que mi generación no hiciera sino adaptar su visión a la situación del momento. Dispuestos como estábamos a dejarlo todo para seguir al Señor, vivíamos convencidos de la inminencia de su vuelta. Mi abuelo renunció a su puesto de juez para dedicarse al ministerio. Mis propios padres estuvieron siempre dispuestos a sacrificar cualquier otra cosa en beneficio de las iglesias que ponían en marcha (tras repararlas y pintarlas a su costa), ayudando a pastores y misioneros por igual en sus distintos ministerios. Por mi parte, ayudé a mi padre durante mi adolescencia a reparar y

pintar esas viejas iglesias a las que él daba nueva vida. Entendíamos entonces nuestra escasez de bienes materiales a la luz de versículos que se relacionaban con nuestra experiencia. Me resulta imposible ahora determinar si nuestra teología de la pobreza era consecuencia o motivo de la parquedad de nuestros medios; lo que sí puedo asegurar, en cambio, es que nuestra actitud era fiel reflejo de nuestra creencia. Nuestro punto de mira estaba en el cielo.

La vida en este mundo es algo transitorio, y no podemos esperar aquí nuestro auténtico galardón. La psicología apunta que la paciencia en la espera es indicio de madurez. La capacidad de vivir con la satisfacción del deseo en diferido ha de reflejarse en una disposición a pasarse sin algunas cosas en el presente. Puede incluso que, en determinados casos, haya de estarse dispuesto a esperar toda la vida para recibir la recompensa en la próxima. Los creyentes tenemos razones sobradas para comportarnos con madurez. Y esa es precisamente la perspectiva que yo aplico al sistema de valores eternos en mi vida.

EL MATERIALISTA

La persona materialista es aquella que sólo cree en la realidad de lo que ve y palpa, y, por definición, no cree en Dios, ni en un Creador personal, ni en los espíritus o los ángeles, ni en la vida después de la muerte. Char y yo trabamos conocimiento de primera mano de esta filosofía durante nuestros cinco años de estancia en la China. Eran muchos los jóvenes que habían sido adoctrinados en esa filosofía y estaban sincera y genuinamente convencidos de su verdad. Muchos de ellos habían incluso estudiado en seminarios dedicados al análisis del ateísmo científico.

El deseo que evidencia un materialista por las posesiones o el dinero es consecuente y comprensible de acuerdo con su visión del mundo. No tienen otra meta en su vida que no sea el mundo material presente. De entre estas personas, algunas destacan por sus logros mientras que otras no. Y ninguna de ellas espera o piensa en una vida en el más allá de gozo personal y consciente. Se limitan a vivir el presente. En algunos casos (y de forma muy particular en una cultura como la china), viven pensando en sus hijos, a los que ven como una prolongación de sí mismos.

El cristiano, en cambio, cree en lo que la Biblia enseña: en Dios, en el Creador, en los espíritus, en los ángeles, y en una vida auténtica y consciente en un más allá eterno. Como creyentes, conocemos la existencia de lo material y de lo no-material; de aquello que es pasajero y de la persistente realidad del cosmos, aceptando la naturaleza perecedera de la materia. Pero, precisamente por conocer la naturaleza persistente de lo espiritual, los cristianos valoramos mucho más las realidades eternas. Los cristianos no negamos con ello el valor de lo material; Dios mismo lo declaró bueno en Su creación. Pero, a diferencia del materialista convencido, insistimos en la temporalidad de lo natural. Basándonos en la Biblia, creemos que el gozo consciente que disfrutaremos en la otra vida será mucho más pleno y duradero. En el Nuevo Testamento se nos advierte que el sufrimiento presente no puede compararse con la grandiosa realidad de nuestra futura condición eterna. La vida terrenal viene a ser como un taller de pruebas camino de la

morada definitiva. Pero, paradójicamente, aun estando en una condición de temporalidad, podemos servirnos de las cosas materiales para fines eternos. Y, al así hacerlo, dotamos a lo meramente material de un valor eterno.

El sistema de valores por el que se rige el materialista, junto con sus hábitos, son por completo consecuentes con su negación de una eternidad. En el polo opuesto, los hábitos o actitudes meramente materialistas de algunos cristianos son absolutamente inconsecuentes con su proclamación de la vida eterna. Dicho de otra forma, el materialista estará siendo consecuente al practicar su materialismo; el cristiano, en cambio, no lo estará.

EL INFORME MENSUAL DESDE EL CIELO

Desde el año 1991, justo tras nuestra llegada a China, he estado contribuyendo de forma periódica a un fondo de pensiones. Además, contamos con un plan personal de jubilación.

En la actualidad, gracias a la tecnología moderna, puedo seguir puntualmente el estado de mis cuentas bancarias en cualquier momento del día, y desde cualquier parte del mundo. Personalmente, disfruto llevando el control de esas cosas pero, mucho más importante todavía, las Escrituras me advierten que el mayordomo fiel ha de estar dispuesto a rendir cuentas de los bienes que le ha confiado su Señor. Pero, aun haciéndolo así, soy al mismo tiempo plenamente consciente de la necesidad de ocuparme de unas finanzas mucho más importantes. A manera de toma de conciencia del posible estado de mis finanzas en el reino de los cielos, adquirí la costumbre de llevar un control de lo que pienso que puede aumentar mis haberes, utilizando como criterio las normas que la Biblia indica para considerar algo digno de recompensa por parte de Dios. Así, en paralelo con el registro de mis inversiones “terrenales”, intento llevar un control de actividades espirituales que puedan haber sido del agrado de Dios. Los cálculos en ese caso puede que no sean tan exactos como en los apuntes bancarios, con sus depósitos, haberes, y pólizas. Aun así, ese ejercicio me aporta una perspectiva general, y me hace tomar conciencia del posible estado de mi haber espiritual.

Según las enseñanzas de Jesús, Dios se interesa por todo lo que hacemos y, a su tiempo, recompensará nuestras oraciones, nuestros ayunos y nuestras buenas obras. Los versículos que siguen son para mí causa de infinito gozo: “Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6:3,4). “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6:6). “Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 5:17,18).

El Salmista nos dice que Dios lleva la cuenta de nuestras lágrimas. “Mis huidas tú has contado; pon mis lágrimas en tu redoma; ¿No están ellas en tu libro?” (Salmo 56:8). La cuenta de las lágrimas es un consuelo para los que muchas llevan derramadas, sobre todo

si han sido por la causa de Cristo o en “participación de sus padecimientos” (Filipenses 3:10). Ciertamente, esas lágrimas no quedarán sin recompensa. En otro lugar, la Biblia hace alusión a recompensas específicas por servicios prestados a Dios. “Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa” (1 Corintios 3:14). El plan de pensiones para la jubilación no es sino algo pasajero. El verdadero y definitivo plan es el que Dios tiene dispuesto para cada uno de Sus hijos. Los registros se hacen puntualmente, apuntándose con rigor cada mérito personal. Si dispusiéramos de un ordenador apropiado, con MODEM y archivo incorporado, podríamos comprobar día a día el estado de nuestra cuenta en el Reino. Al ser esto imposible, tenemos que conformarnos con seguir leyendo el manual de fondos de inversión, analizando en detalle el criterio que sigue el Administrador en el registro de nuestros haberes.

Jesús ya nos advirtió, “Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21). Eso significa que tendemos a pasar gran parte de nuestro tiempo pensando en lo que consideramos importante. Y, convencidos como estamos de su importancia, suele ser ahí donde mayores inversiones realizamos. Sin embargo, Jesús apunta a una realidad más profunda – tendemos a valorar aquello donde ya hemos hecho una inversión. Nuestro corazón (y nuestra mente) estará allí donde esté nuestro interés. Si invertimos en el Reino de arriba, pondremos nuestro pensamiento en lo alto. Si nuestros intereses están en la tierra, centraremos nuestro pensamiento en las cosas terrenales. El corazón corre parejo con lo que más estimamos. Si aspiras a las cosas de arriba, realiza ahí tu inversión. El modo en que gestionemos nuestros fondos terrenales (nuestra mayordomía) repercutirá en el saldo final de esa cuenta tan especial. En el CAPÍTULO 7 analizábamos la fórmula de evaluación del éxito logrado: $E = (T + O + L) \cdot M$ (el éxito es equivalente a la suma combinada de talentos, oportunidades y logros divididos por los motivos que nos impulsan). Dios analiza nuestras actividades con el fin de determinar qué nivel de éxito hemos alcanzado en función de nuestras capacidades. El mantenernos firme y prioritariamente centrados en la inversión eterna facilitará el uso de los fondos temporales, y ello con vistas a unos beneficios a largo plazo de mayor y más vital rendimiento.

FIJANDO UNA ESCALA DE VALORES PROPIA

Todo el mundo es libre de elegir su propia escala de valores. El ejercicio que aquí proponemos puede ayudarte a fijar la tuya propia. Por otra parte, puede que también te sirva para identificar áreas de claudicación con el sistema de valoración de este mundo, a las que hayas sido atraído sin ser tan siquiera consciente de ello. Y puede incluso que te lleve a identificar apartados donde puedas empezar a dejar que Dios actúe para que vaya progresivamente transformándote mediante la renovación de tu conciencia. El Señor te concederá sabiduría para discernir el mejor modo de poner en orden tus finanzas espirituales de forma consecuente con unos valores eternos – y puede incluso que de forma inmediata según vayas respondiendo a las siguientes preguntas:

- ¿Qué es importante para ti?
- ¿Qué es lo que valoras y con qué sueñas? ¿Tiene que ver con este mundo o con lo eterno?

- ¿Qué te parece digno de hacer, de tener, de luchar por ello, de proteger, de incrementar, o de mantener?
- ¿Lo que haces está en relación con lo que dices valorar?
- ¿Cuentan los criterios no materialistas a la hora de tomar decisiones respecto a tu vocación y tu trabajo?
- ¿Es para ti la ubicación de tu trabajo, las personas con las que colaboras, la libertad para poder servir al Señor en tu profesión o la proximidad a la iglesia donde te reúnes, más importante que el salario a la hora de elegir un puesto?
- ¿Qué valor le concedes al puesto de trabajo, con independencia del salario o la paga?

LA DECISIÓN DE UN CHAVAL DE 11 AÑOS

Siendo yo un chavalito, recuerdo que había en la salita de estar un pequeño armario que guardaba en su interior una caja de caudales de un metal de color oscuro, con seis compartimentos forrados de amarillo en su interior. Cada uno de esos compartimentos estaba provisto de una ranura para las monedas y un orificio por donde introducir los billetes de un dólar enrollados. Mis hermanos, mi hermana y yo teníamos nuestros respectivos nombres escritos en cada uno de ellos. A partir de los 11 años, y hasta terminar el último año en el Instituto, repartí periódicos en la localidad donde vivía. Todas las monedas que ganaba iban a parar a esa caja –transformándose en billetes de dólar según pasaban las semanas. Cuando mi compartimiento ya no admitía más, metía todo lo ahorrado en una libreta en el Banco donde me rentaba un 2%. De todas esas cantidades, apartaba siempre un diezmo antes de ingresar el dinero en el Banco. Yo era consciente, sin embargo, de que mis compañeros de colegio y los otros chavales que también repartían gastaban su dinero con más liberalidad que yo. La cuestión es que yo estaba ahorrando para poder costearme los estudios en una Escuela Bíblica. Contemplándolo retrospectivamente, se me hace ahora evidente que aquello fue todo un entrenamiento para mi futura carrera.

Años después, fue para mí una gran satisfacción compartir con mis hijos esas experiencias y transmitirles unos principios heredados de mis padres. Y sigue siendo todavía motivo de satisfacción ver cómo son ahora mis hijos los que mantienen viva la tradición. Hay hábitos que continúan siendo de bendición a través de las generaciones. Las ideas que se proponen a continuación son también un patrimonio traspasable de una a otra generación.

CÓMO AHORRAR Y CUÁNDO GASTAR

No hace falta ser un experto en economía para comprender los cinco pasos prácticos que siguen a continuación.

- Planifica tus gastos y no te dejes llevar de los impulsos. Las decisiones financieras tomadas tras una adecuada reflexión dan mejores resultados que las que obedecen a las emociones o las presiones del momento. Es imprescindible evitar a toda costa los tres vicios que se mencionan en 1 Juan 2:16, “los deseos de los ojos, los

deseos de la carne, y la vanagloria de la vida”. Según mi experiencia, en los Estados Unidos son muchos los creyentes cristianos que, puestos en esa tesitura, recuerdan a la rana del pozo. Nuestro “pozo” es el materialismo, y lo cierto es que ni siquiera somos conscientes de que existe otra forma posible de pensar acerca de las posesiones materiales. El atenerse a unos firmes principios en todo lo relativo a las finanzas es la clave. El tener el dinero necesario para hacer una compra no justifica en ningún modo la compra en sí. Tenemos muchas menos necesidades de lo que nos gusta creer. Conserva tu dinero, haz que te rente, y no gastes en nada que no hayas decidido de antemano que está realmente justificado.

- No compres nada que no puedas pagar al contado. Al evitar las deudas, evitamos el costo extra de los intereses, y nos obligamos a hacer compras justificadas. Primero se ahorra lo necesario, y luego se paga al contado. El saber esperar para gratificar el deseo es síntoma de madurez. La gratificación diferida no entra en la mentalidad de los que han de tener lo que quieren de inmediato. Si se aprende a planificar por anticipado, a ahorrar antes de gastar, a hacer que nuestro dinero nos rente, y a evitar intereses pagando al contado, descubriremos que se puede conseguir más por menos. La Biblia contiene promesas de prosperidad que se ven puestas en entredicho por todos aquellos que se dejan arrastrar por impulsos contraproducentes. La cuestión es que las promesas que tenemos en la Palabra no son una licencia para gastar sin medida. Son muchos los que pretenden ser bendecidos y alcanzar prosperidad sin seguir las normas bíblicas. Ten siempre presente que nuestro auténtico tesoro está en el cielo, no en la tierra. Esta certidumbre hace que sea más fácil pasarse sin cosas que otros ya tienen mientras ahorramos para poder comprar lo que de veras necesitamos.
- No gastes todo lo que ganes. El libro de los Proverbios nos invita a imitar a las hormigas. “Vé a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos y sé sabio...prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento” (Proverbios 6:6,8). El ahorro trae a la mente la actitud de la hormiga. “Las riquezas de vanidad disminuirán; pero el que recoge con mano laboriosa las aumenta” (Proverbios 13:11). El dinero que se ahorra poco a poco, a largo de un período de tiempo dilatado, se suele emplear o invertir con mayor cuidado que el dinero que se recibe por sorpresa o de un golpe. La decisión de ahorrar es más un acto de voluntad que algo que vaya en función de la cantidad de dinero que se gane. A lo largo de mi vida, ha habido tres ocasiones en las que me fue imposible ahorrar – los cinco años pasados en Canadá, nuestros primeros cuatro años en Corea, y el último año en China, donde resistimos gracias al suplemento de lo ahorrado con anterioridad. Pero, durante la mayor parte de mi vida, he procurado siempre ahorrar, por poco que fuera, por estar absolutamente convencido de su mérito sin importar cuánto dinero estuviera ganando. Y, desde luego, puedo asegurar que ¡no era el exceso de abundancia lo que impulsaba a ahorrar!
- Ten siempre algo de dinero en remanente para evitar el pago de intereses. Siempre será mejor cosa recibir que pagar. Yo aprendí este principio fundamental con tan sólo 11 años. Y, desde entonces, ha sido una constante en la gestión de mis finanzas. Al empezar a repartir periódicos, tomé la decisión de ahorrar casi el total de lo que ganaba. Mi padre y yo llegamos entonces a un acuerdo financiero que

me sirvió para aprender bien la lección. En aquellos tiempos, el interés que ofrecía el banco por dinero en una libreta de ahorros era del 2%. El interés que mi padre pagaba por la hipoteca de la casa era entre un 4,5% y un 5%. Mi padre se ofreció a pagarme un 3% por cada préstamo de 100\$ que yo le hiciera. Esos préstamos eran registrados con su fecha correspondiente, y yo recibía puntualmente el dinero en la fecha indicada. Años después, cuando decidí comprar la cabaña en Corea por 700\$, aún recibí un último pago de mi padre. Ese 3% había supuesto un ahorro para él y un interés más alto para mí. Ambos salimos beneficiados por el acuerdo. La deuda aplazada es uno de los factores que contribuye a agrandar aún más la diferencia abismal entre pobres y ricos. Si tú no eres todavía de los que gestionan sabiamente sus finanzas, te animo a que lo intentes, aun cuando puede que tengas que esperar algún tiempo para conseguir algunos bienes materiales. Decide por ti mismo qué es más importante --- la posesión inmediata de las cosas o la liberación del yugo financiero.

Yo nunca tuve que pagar interés por préstamos para la compra de un coche. Todos los coches que he tenido los he pagado siempre al contado. El ahorrar juntando intereses percibidos antes de efectuar la compra es mucho mejor que tener que pagar interés para poder comprarlo. Los intereses que devenga la compra de un coche a plazos exceden en mucho al precio inicial del vehículo. Si se ahorra antes de realizar la compra, pagas menos del precio en sí porque parte del dinero total se habrá reunido en base a los intereses. La cuestión es que si bien es cierto que el coche nos presta un buen servicio, pasado un tiempo nos vemos en la necesidad de sustituirlo por otro. Con esa necesidad en perspectiva, lo más indicado será anticiparse a la futura compra proveyendo fondos destinados a ese fin. De ese modo, podremos hacernos con un buen coche de segunda mano sin contraer deudas. Cuando llegue ese momento, habremos también obtenido parte del dinero mediante los intereses de lo que hayamos ido ahorrando. Esta táctica garantiza que parte del total de las compras mayores que hagamos tendrán su origen en una gestión solvente de nuestros ingresos.

En algunos casos excepcionales, los créditos pueden ser útiles e incluso reportar beneficio a largo plazo. Un buen ejemplo de ello lo son los préstamos académicos para estudiantes. También pueden ser necesarios para iniciar o ampliar un negocio. No es nuestra intención aquí examinar todos los posibles casos, pero sí que trataré de dejar claros los principios básicos. Si, en tu caso, estás dotado con unas capacidades apreciadas en el mundo del trabajo que puedan, además, reportarte beneficios materiales considerables, y puedes hacer frente con holgura a una deuda circunstancial, sírvete del crédito con sabiduría y prudencia. En todo caso estará indicado el auto-control dentro de unas metas bien definidas.

- Haz adquisiciones que se revaloricen en lugar de cosas que vayan perdiendo valor. Por otra parte, opta por lo que tenga un valor permanente y no por aquello que se deprecia con el paso del tiempo. Un buen ejemplo de ello son los coches, porque enseguida pierden un porcentaje importante de su valor inicial. No tengo nada que objetar respecto a aquellos que pueden permitirse comprar un coche nuevo sin por ello tener que pagar un interés, pero, dado que mi nivel de ingresos

no da la medida, yo nunca he comprado coches nuevos. Sin embargo, si que tuve oportunidad de comprar casas nuevas en dos ocasiones distintas, viendo aumentado su valor en ambos casos. La primera de ellas era de nueva construcción y la adquirimos a nuestra vuelta de Corea. Cinco años después, la vendimos por más de 120% del precio que habíamos pagado por tener que volver al campo de misión. El capital conseguido lo invertimos en bonos del Estado y en fondos fijos de inversión que fueron rentabilizándose durante nuestra estancia en China. A nuestro regreso de ese país, adquirimos nuestra segunda casa, un chalet de estilo rústico, donde residimos en la actualidad, y que también ha ido aumentado su valor en ese mismo porcentaje del 120%.

Otro de nuestros objetivos financieros era terminar de pagar la casa tan pronto como nos fuera posible. Con mi modesto sueldo de profesor, conseguimos liquidar la hipoteca en tan sólo cuatro años. He aquí cómo lo hicimos. Primero, dimos una entrada de un 30% del precio definitivo. Después, por espacio de cuatro años, y con independencia del pago regular de la hipoteca pendiente, fuimos liberando cuanto podíamos de la deuda total en pagos alternos. Si tenía ocasión de dar cursillos de verano, apartaba cuanto me era posible para seguir reduciendo el capital pendiente. Juntando todo eso, conseguimos pagar 10.000\$ de la hipoteca cada uno de esos cuatro años, a lo que pudimos, además, añadir otros 30.000\$ más por parte de los fondos de inversión. Para el verano del 2000, liquidamos en su totalidad deuda e hipoteca. Desde luego, no es nada extraordinario que una persona de 56 años pueda liquidar una hipoteca, pero lo que no es tan frecuente es que consiga hacerlo un sencillo misionero con poca paga y en el breve plazo de cuatro años tras su vuelta a los Estados Unidos. Pero, el lograrlo no fue realmente una cuestión de ingresos cuantiosos, sino de sólidos principios en la administración del dinero disponible. Tú puedes conseguirlo igual que lo hice yo. Es tan sólo cuestión de control.

CUESTIÓN DE CONTROL

Durante los años que pasé estudiando en la Escuela Bíblica, trabajé conjuntamente el turno de tarde y noche – en ocasiones en una fábrica de cristal y, en otras, en una empresa fabricante de frigoríficos y máquinas segadoras. Para finales de mi primer año, en el verano de 1965, pude comprarme mi primer coche. Pagué exactamente 1.800\$ por un Buick Invicta del 62 con una preciosa tapicería a cuadros escoceses. El precio que me habían dicho en un principio era más elevado, pero yo sabía que con los pagos al contado se suelen conseguir condiciones más ventajosas. El concesionario se ahorra tiempo, dinero, y riesgo, por no haber trámites extra. El coche resultó ser una “perita en dulce”, y lo utilicé durante siete años ininterrumpidos sin que me diera problema alguno. Además, todo ese proceso de ahorro planificado, y objetivos a largo plazo, me causó incluso más satisfacción que el conducir el coche en sí. De hecho, han pasado ya cuatro décadas desde entonces, y todavía sigo fiel al ese mismo principio de ahorro planificado y adquisiciones hechas con la cabeza y pagando al contado. No vaciles en mantenerte en control. Si la cantidad es razonable, posees capacidades con una utilidad en el mercado laboral, y no tienes problemas de liquidez, podrás perfectamente mantenerte en control de cualquier posible desembolso. Pero si, por el contrario, la deuda te supera, no lo dudes ni por un

momento y haz cuanto esté en tu mano por recuperar el control de tus finanzas. La decisión es cosa tuya.

Las tarjetas de crédito hacen más fácil el poder gastar – en realidad, comprar de prestado. Pero, de hecho, deberían más bien llamarse tarjetas de “deuda”. Las tarjetas de crédito parecen ser una invención de nuestro enemigo para hacernos gastar un dinero que, en realidad, no tenemos. Por otra parte, ese sistema de pago nos tiene de continuo en deuda y liquidación de intereses. Lo cual no hace sino contribuir a forrar las carteras de otras personas en base a nuestro dinero. Durante mucho tiempo, Char y yo decidimos de mutuo acuerdo prescindir por completo de las tarjetas de crédito. Pero no tuvimos más remedio que claudicar durante nuestra estancia en China porque era la única forma posible de alquilar un coche en nuestras visitas a los Estados Unidos. Pero, incluso en esa ocasión, optamos por saldar cada mes la deuda aplazada con el fin de evitar intereses. Siempre hemos tenido por principio evitar gastar más de lo que podamos liquidar mensualmente. Y eso no es sino la aplicación sistemática del principio general de pago al contado a un caso en concreto. Si compras más de lo que puedes permitirte, deberás tener en cuenta que ese crédito te va a suponer hasta un 18% más del precio inicial del artículo.

Puede, sin embargo, que tu posición económica te permita adquirir un coche o hacer compras a plazos sin problema alguno. De ser así, la cantidad adeudada no te supone ningún problema, y tú dominas la situación. Pero no permitas de ninguna manera que esas compras fáciles te hagan su esclavo. En la sociedad en la que vivimos, son demasiadas las que no pueden vivir según su vocación por unas deudas que les mantienen atados. Tendríamos que recordarnos de vez en cuando a nosotros mismos que las verdaderas riquezas se encuentran en el cielo. Un estilo de vida más modesto, y un presupuesto libre de deudas, nos dejará en libertad para actuar allí donde la necesidad surja o el Señor nos llame a intervenir. Las Escrituras se ocupan de la cuestión del dinero y los bienes materiales con una asiduidad más que notable, figurando, de hecho, entre los temas principales. Al igual que en cualquier otra área, ocúpate de leer la Palabra, ora al respecto, solicita el consejo de los más experimentados, toma la decisión que creas más sabia, y no te desvíes de la meta ni a derecha ni a izquierda.

EL PODER DEL AHORRO A LARGO PLAZO Y LAS INVERSIONES SABIAS

Existen unos versículos, no muy conocidos, que tratan del beneficio que se deriva de la buena gestión de la economía. La enseñanza que encierran es digna de ser tenida muy en cuenta. Los seres humanos tendemos a desear recibir, ganar, o heredar grandes cantidades de dinero percibidas de inmediato. Sin embargo, Dios, en Su sabiduría, ha dispuesto las cosas de forma muy distinta. El dinero que se consigue fácilmente no es una bendición, sino una vía a la perdición; y ello precisamente por no haber tenido que esforzarse para ganarlo. Los fondos que se consiguen en base a un ahorro dilatado en el tiempo son los que más se aprecian. Esto es lo que Dios dice al respecto: “...el que recoge con mano laboriosa aumenta sus riquezas” (Proverbios 13:11). Y, “Los bienes que se adquieren de prisa al principio, no serán al final bendecidos” (Proverbios 20:21). Puede que tengamos tentaciones de soñar con ganancias fabulosas – tal como se sienten tentados los

jugadores empedernidos. Sin embargo, ¿cuántas veces no ha sido el caso que las ganancias fabulosas pronto se dilapidan?

El tiempo corre a favor de la persona que tiene la paciencia de ir ahorrando poco a poco. Por otra parte, bien pudiera ser que Dios mismo esté interesado en los dividendos que pueden obtenerse de nuestra buena gestión: “Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos y arregló cuentas con ellos” (Mateo 25:19). Estos versículos incluyen esa cláusula que exhorta al ahorro y a la sabia gestión de las finanzas: “con mano laboriosa... después de mucho tiempo”. Esa es justamente la actitud y la práctica que yo he mantenido desde que ahorré mi primer céntimo siendo todavía un niño. Puedo recordar todavía con absoluta precisión cómo tuve que ocuparme de ir buscando cambio para poder pagar el diezmo de lo ganado y meter el resto en la hucha.

El ahorro continuado aumenta de forma tremenda con el paso del tiempo. Si ahorras 100\$ al mes por espacio de 40 años, al cabo de ese tiempo habrás reunido 48.000\$. Si a esa cantidad se le añade el dinero que haya ido rentando en concepto de intereses (al 6%, en sistema compuesto, a plazo fijo), habría que añadir casi 192\$ más. Evidentemente, no todo el mundo podrá ahorrar esa cantidad de forma mensual, pero el ejemplo nos sirve para demostrar lo que puede conseguirse mediante el ahorro.

¿Cuánto tiempo tarda en doblarse la cantidad inicial ahorrada? La “Regla del 72” sostiene que la cantidad inicial se verá doblada en un punto que se determina al dividir entre 72 el porcentaje de interés. Si, por ejemplo, el interés que tú estás percibiendo es del 6%, tendrás que esperar 12 años para ver doblado la cantidad inicial apartada; mientras que si el interés fuera del 9%, el tiempo para ver doblado tu capital se reduciría a 8 años. Si estás interesado en tener más información relativa al ahorro a plazo fijo, no dudes en consultar libros especializados en esas cuestiones. El director de tu Banco también podrá informarte al respecto.

PERMITE QUE SEA DIOS EL QUE DECIDA TU NIVEL FINANCIERO

No dudes en permitir que sea Dios mismo el que decida cuál ha de ser tu nivel de prosperidad en base a lo que ganas, en vez de empeñarte en conseguir a todo trance el nivel que aspiras a tener. Al buscar en primer lugar el Reino de Dios y Su Justicia, Él mismo nos impone un nivel de prosperidad muy superior, en fondo y forma, a cuanto hayamos podido imaginar. El Señor me ha bendecido materialmente, y sin que yo lo buscara. Cuando, al repetir el Padrenuestro, llego a la parte en la que solicito el alimento diario, suelo intercalar lo siguiente: “Señor, Tú ya me has bendecido mucho más allá de lo que podría haber imaginado. Confiado en la continuidad de Tu provisión, te ruego que me concedas ahora la gracia de seguir siempre buscando en primer lugar tu Reino y tu Justicia. Que las bendiciones en lo material sean conforme a Tu voluntad y a Tu sabiduría.” Para concluir, suelo enumerar los apartados de Su provisión.

El hábito de ahorrar poco a poco durante períodos prolongados tiene muchas ventajas. En 1965, compré mi primer coche pagando al contado. En 1966, tras costearme la Escuela Bíblica con mi trabajo, conseguí graduarme sin ninguna deuda pendiente. En 1973, Char

y yo partimos para Canadá libres de compromisos económicos. Las bicicletas, el aparato de música, y algunas otras cosas más que fueron embarcadas para Corea eran totalmente nuestras. En 1986, a nuestro regreso de Corea, habíamos ahorrado lo suficiente para poder dar la entrada de un dúplex de nueva construcción. En 1991 lo vendimos para volver de nuevo al campo de misión, depositando nuestro dinero en un fondo protegido. Pasados tres años, lo transformamos en un fondo de inversión. En 1996, a nuestro regreso de China, rescatamos la inversión para adquirir dos coches de segunda mano y dar la entrada de un chalet independiente. Dios nos ha bendecido con una casa y un vecindario mucho mejores de lo que ni siquiera nos habríamos atrevido a soñar. Nuestros ingresos nunca han sido cuantiosos, pero podemos dar testimonio de que la aplicación sistemática de los principios que la Biblia recomienda respecto a la gestión de las finanzas – trabajar con “mano laboriosa” y estar dispuestos a esperar “un largo tiempo” – ha venido a suponer que las bendiciones de carácter material fueran más que abundantes.

En un nivel más profundo, sentimos una gran satisfacción personal al ver cómo nuestros hijos se rigen por los mismos principios. Y ellos también están empezando a disfrutar de las ricas bendiciones en el Señor que eso conlleva. Se preocupan sinceramente de buscar primero el Reino de Dios y Su justicia. Ambos son generosos con su dinero para las buenas causas, y los dos se preocupan de ahorrar. El objetivo final nunca será el logro material sino una buena mayordomía que nos libere de las preocupaciones económicas para podernos ocupar debidamente de las cuestiones del Reino.

EL ÉXITO AQUÍ EN LA TIERRA

Cuando la persona se convierte al Señor, y empieza a tomarse la Biblia en serio, su forma de vida cambia radicalmente y deja de interesarse por cosas caprichosas que suponen un gasto superfluo. Los beneficios inmediatos de ese cambio son evidentes. Entre otras cosas, la vida mejor llevada redundará en un mejor estado de salud, lo cual supone, además, un ahorro considerable de dinero. El diezmo de los ingresos abre las puertas de ricas bendiciones con un origen en el cielo. Los empleados que dan pruebas de su honradez consiguen puestos de mayor responsabilidad y mejor remunerados. Y, todos esos factores, en conjunción con otros de diversa índole, convergen para dar como resultado una prosperidad económica que viene a caracterizar al creyente responsable. Todo trabajo realizado con honestidad y esfuerzo tiene como resultado buenos frutos. La cuestión, sin embargo, es que nos ha tocado vivir una época en la que se enfatiza la prosperidad en base a una cierta teología que trata de justificarla. Quizás lo que quede ahí en entredicho sea la propia fragilidad humana. Llegados a este punto, pues, se hace imperativo plantearse actitudes que nos ayuden a no caer en un consumismo fácil, manteniendo firme un espíritu que nos haga vivir conforme a los principios bíblicos para poder ser “sal de la tierra” al tiempo que aumentamos nuestro caudal en el Reino por venir.

La posesión de recursos implica una mayor responsabilidad a la hora de administrarlos pensando en la consecución del Reino. Los bienes no son para nuestro exclusivo disfrute. Recibimos bendiciones para poder ser nosotros bendición. Si fuéramos capaces de cambiar de perspectiva, la presente generación, caracterizada por la prosperidad material, podría ser crucial en la tarea de evangelización a escala mundial. En el Capítulo 13 nos

plantaremos la posibilidad de tocar la fibra sensible del mundo actual desde una visión global. Mientras aguardamos la llegada de ese momento, podemos empezar por plantearnos cómo ha de ser un código de conducta cristiana que tenga como principal objetivo rendir honor y gloria a su Señor. A continuación vienen unas cuantas cuestiones que podrán sernos de ayuda a rendir ese honor con todo lo que somos de forma más natural.

Son muchos los creyentes que se plantean si el diezmo ha de calcularse en base al salario bruto o a la cantidad neta que percibimos. Hay dos errores básicos en ese planteamiento. En primer lugar, si lo que buscamos es dar el mínimo posible, nos perdemos el gozo de dar lo mejor de nosotros mismos. Para quien de verdad se goza en hacer las cosas de todo corazón como para el Señor, el plantearse tan sólo el mínimo no puede satisfacer. Cuando Jesús vino a este mundo para favor nuestro, no se planteó dar lo menos posible de sí mismo. En segundo lugar, el diezmo ha de hacerse en función del total que devengamos con nuestro trabajo. Si el Estado se queda, en concepto de impuestos, con una parte proporcional en base al total, mayor razón todavía para hacer nosotros lo mismo con nuestro diezmo. No dudes en diezmar con arreglo al total si aspiras a que Dios te bendiga a ti también en totalidad.

A medida que el Señor vaya ofreciendo oportunidades, considera la posibilidad de aumentar tu contribución. Esa debería ser la reacción natural por las bendiciones que el Señor haya derramado en tu vida, permitiendo un excedente. R. G. Letourneau, próspero inventor y fabricante de grúas excavadoras, era un cristiano con las ideas muy claras al respecto. Así, en los últimos años de su vida, contribuía con el 90% de sus ingresos, contento con vivir en base al 10% restante.

Char y yo damos el diezmo de todos nuestros ingresos y apartamos una parte para nuestro fondo de pensiones. De ese capital aplazado, diezmamos también lo correspondiente a los intereses y a los dividendos por la renta de su cotización en Bolsa. Eso significa que toda la parte proporcional de nuestra pensión también aporta su diezmo correspondiente. Para cuando empecemos a servirnos de ese fondo, no tendremos obligación ya de diezmar, a no ser que quede algún resto sin haber sido deducido todavía. Pero, sea como fuere, Char y yo estamos de acuerdo en que puede que sigamos contribuyendo llegado ese momento. No tenemos ningún deseo de dejar un gran capital tras nosotros cuando fallezcamos. Nuestros hijos han sido criados para saber contentarse con lo poco y no necesitan heredar fortunas. Pero, por encima de todo, ese fondo de pensión es una prolongación de nuestra persona, y nos gozamos en aportar nuestro dinero y nuestra persona para un plan de resonancia eterna. Es, además, todo un privilegio saber que, tras la muerte, seguiremos contribuyendo con unos ministerios cristianos que nos consta están teniendo un gran impacto en sus respectivas áreas de trabajo.

La Biblia nos indica que hemos de darle a Dios parte de lo mucho que Él nos da, estando dispuestos a ofrecer “las primicias de los primeros frutos.” Esa aportación constituye todo un privilegio y nos brinda la oportunidad de devolverle a Dios el total de esa nueva fuente ingresos como puede ser el montante de un aumento en el salario. Ese

ofrecimiento de las primicias significa simplemente que estamos dispuestos a esperar al segundo cobro para empezar ya a disfrutar de los nuevos ingresos.

Las Escrituras indican que hemos de ser dadores alegres y generosos, y constantes en nuestras aportaciones. Sin embargo, sé que hay pastores y responsables que apelan a la vena sentimental para movernos a contribuir. Personalmente, prefiero con mucho las aportaciones regulares y bien meditadas, aunque eso no signifique que no se vaya a contribuir con una necesidad puntual que esté justificada. Dios es a un tiempo maravilloso en la grandeza de sus planes y tremendamente práctico allí donde se necesita. Tampoco parece querer que sintamos nuestra aportación como una carga en aquellos casos en los que no podemos colaborar por falta de medios. Aquellos que tengan algún dinero pero carezcan de ingresos podrán aportar según criterio propio. Pero las Escrituras advierten que tampoco han de sentirse obligados si por esa causa se vuelven innecesariamente dependientes de otros: “No debáis nada a nadie” (Romanos 13:8). Por otra parte, con el fin de poder hacer frente a las obligaciones contraídas, hemos de estar preparados para resistir la posible presión de cuantos recolectores de ofrendas intenten persuadirnos con inflamada elocuencia de la necesidad de colaborar con determinada causa. En 2 Corintios 9:12, el consejo que se nos da es eminentemente práctico: “porque si la voluntad es firme, la dádiva es aceptada según se tenga, no de aquello que no se posee.” Dios no nos pide que demos de lo que no tengamos. Su deseo es que colaboremos de modo voluntario, y esa disposición es lo que Él bendice aun cuando no tengamos para aportar. El problema surge cuando, pudiendo dar, no lo hacemos. Pero esa es ciertamente una cuestión muy diferente. Nuestro enemigo quiere que caigamos en el error de exagerar una verdad hasta el extremo de convertirla en todo lo contrario – hasta en una mentira. El poder dar es un enorme privilegio. Aun así, el dar por sentirnos presionados no figura en los designios de Dios. Si es el Espíritu Santo el que nos mueve a dar, entonces queremos sin duda alguna obedecer.

Hay quien cree que el dar es un medio para recibir. Las ofrendas nunca podrán ser sobornos; entre otras cosas, porque las bendiciones no pueden comprarse. Las ofrendas son precisamente eso, algo que se “ofrece”, no moneda de pago para una adquisición asegurada. Las bendiciones han de funcionar como tales bendiciones, y nosotros nunca tendremos posibilidad de pagarlas porque, sencillamente, no están en venta. John Wesley, el famoso predicador inglés de las gentes sencillas, enseñó a las gentes a ganar lo que pudieran, ahorrar cuanto pudieran, y dar como pudieran. Esa recomendación, orientada hacia la consecución del Reino, mantiene todavía su validez. Con todo, habrá que tener siempre muy presente que la meta final no es logro desmesurado. Dios bendice al dador alegre, y nunca deja de proporcionar simiente al sembrador. No cabe duda, sin embargo, que mejor cosa es resultar sorprendido por la llegada de las bendiciones que esperarlas por adelantado y no mostrar ningún agradecimiento por ello. Y si, por las razones que sean, Dios opta por no concedernos bendiciones materiales, no tendremos razón ni derecho a quejarnos.

Al plantearnos la posibilidad de dejarles una herencia a nuestros hijos, ¿qué cantidad sería la indicada? Si hemos educado a nuestros hijos de manera correcta en el apartado de las finanzas, lo lógico es que, para cuando dejen este mundo sus ancianos padres, ellos

sean ya capaces de gestionar su vida adecuadamente. Char y yo tenemos pensado dejarles una cantidad a nuestros hijos, pero no vamos a dejarles todo a ellos. El mantenerse a la expectativa de ese legado, o incluso el dinero en sí, podría ejercer una influencia nociva. Por otra parte, nos entusiasma muy sinceramente la idea de dejar parte de ese dinero para la obra cristiana en el mundo. Cuando ya no estemos aquí, la obra iniciada por el Señor aquí, en la tierra, podrá seguir avanzando, y ello en parte, por mínima que ésta sea, a nuestro esfuerzo y a nuestra previsión.

La colaboración responsable exige unos cuantos deberes. ¿La necesidad planteada es auténtica? ¿Está justificada la colaboración? ¿Hay garantía de su buen uso? ¿La entidad comprometida se somete a auditorias externas?

Todos estamos al tanto de que nada podremos llevarnos cuando dejemos este mundo. En contrapartida, nuestro diezmo y nuestras ofrendas sí que podrán irse acumulando en un tesoro que recibiremos en el Cielo. Todo servicio que hayamos prestado al Señor en esta vida, y todo dinero invertido en Su obra, podremos “llevárnoslo con nosotros.” En este caso, el retirar fondos de una cuenta temporal supone incrementar esa otra a “largo plazo.” Nuestras ofrendas y nuestros diezmos vienen a ser una especie de “transferencia” de haberes.

LAS SORPRESAS QUE NOS AGUARDAN EN EL CIELO

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (1 Juan 2:15,16). Cuando lleguemos al Cielo, nos alegraremos de haber prestado atención a las advertencias de Juan en su epístola. Aun no siendo pecaminoso de suyo, el afán de bienes materiales que caracteriza al mundo, en forma de casas, coches, ropas y demás comodidades, vendrá a revelarse como algo fatuo, meros ídolos con pies de barro que no resistirán la comparación con los auténticos bienes que nos aguardan. Las bendiciones materiales son un regalo de Dios. El modo en que decidamos servirnos de esos dones materiales supone tomar una decisión de primer orden – invertir en lo terrenal y pasajero, u optar por lo perenne y eterno.

Lo cierto es que ya nos es posible ordenar nuestra vida aquí en la tierra según los valores y los esquemas de una esfera superior. Y demostraríamos ser sabios si así lo hiciéramos. Pongamos el caso de los 21 hombres que fueron procesados como criminales de guerra en Nüremberg a finales de la II Guerra Mundial. Si hubieran sabido lo que les aguardaba, se habrían comportado de forma muy distinta durante la contienda. Afortunadamente, nosotros sí sabemos la medida que Dios va a utilizar para nuestra eventual evaluación. Por el presente, Él va llevando el registro de nuestros “haberes” en ese plano superior con incluso mayor precisión que la acostumbrada en el mundo de las finanzas y las inversiones. Por razón de un conocimiento todavía no perfecto, ignoramos el detalle de lo que Dios va apuntando a nuestro favor en esa cuenta a largo plazo. Aun así, cuanto más profundicemos en el contenido de la Palabra, y más nos esforcemos por entender y

practicar los valores del Reino, mayor será nuestra comprensión de la manera que Dios tiene de llevar ese registro.

Mencionaba líneas atrás unos “apuntes” que suelo hacer, relativos a mis “inversiones” en esa esfera superior, que tienen como objeto recordarme a mí mismo la realidad de su existencia. El así hacerlo me ayuda también a tener presente el sentido de mi vida aquí en la tierra y lo que es verdaderamente importante para mí. Cuando, llevados de nuestras emociones, nuestra percepción de esas realidades superiores es débil, tendemos a invertir en exceso en las cosas de este mundo. Pero si ese “haber” superior es el correctamente apreciado, disminuye entonces nuestra necesidad de acaparar bienes terrenales. Al final de nuestros días en este mundo, deberíamos poder estar satisfechos de cuanto hayamos invertido en un futuro eterno. Cuando se sabe valorar de forma adecuada las realidades eternas, percibimos las cosas de este mundo en su verdadera naturaleza – herramientas con un fin, no símbolos de prosperidad y éxito. Al dejar de sentir la necesidad de abundancia de bienes materiales, pasamos a disponer de mayores fondos con fines eternos.

Lo que hagamos aquí con lo que poseamos será más importante que la posesión en sí. ¿Vamos a emplearlo en nosotros o en un proyecto superior? Si lo vamos a gastar en nosotros mismos, ¿compraremos las cosas porque de veras las necesitamos o tan sólo porque las deseamos? A la hora de adquirir esas cosas, ¿nos dejamos influir por lo que otros puedan tener? ¿Nos planteamos adquirir bienes que se revaloricen con el paso del tiempo? ¿Compramos siguiendo el dictado de la moda, o elegimos aquello que sabemos con un valor estable? ¿Las mejoras en el plano material sirven para acercarnos más a Dios? ¿Le tenemos igual de presente en tiempos de prosperidad? ¿Somos capaces de seguir teniéndole presente en los momentos de adversidad?

Hacíamos mención líneas atrás de dos puntos de desequilibrio: una escasa atención a posibles bendiciones terrenales (las miras excesivamente puestas en el Cielo) y una excesiva preocupación a los bienes terrenales (no se presta la debida atención a la esfera de lo eterno). Personalmente, he venido a ser testigo de ambos errores. Me crié en un entorno en el que, quizás, se tenía la mente excesivamente pendiente de las cosas de Arriba. Posteriormente, regresé a mi país después de un tiempo de servicio en el campo misionero para reencontrarme con una sociedad que dedicaba excesivo esfuerzo y atención a los bienes materiales. El equilibrio ha de encontrarse en un justo punto intermedio. De ese modo, no se empañará el buen nombre del Reino por una mala gestión o el endeudamiento, y, en contrapartida, se dispondrá de lo necesario para ser colaboradores de Dios en la gran obra que Él tiene preparada para nosotros. Eso nos evitaría encontrarnos al llegar al Cielo con que estamos empobrecidos por nuestra excesiva atención a los negocios de este mundo con descuido del plano superior. Personalmente, no estoy dispuesto a tener que vivir como “ciudadano de segunda categoría” en ese Reino Eterno. Dios nos da suficiente instrucción en su Palabra respecto a la forma adecuada de emplear nuestro dinero aquí y ahora, para no tener que vivir como mendigos después. Puestos a elegir, preferiría vivir en el presente con escasez, y poder invitarte en mi futura mansión celestial a un auténtico banquete.